

Luis Felipe Ortega

Corpos que são bordas: fronteiras

Círculo Sereia
Coimbra, Portugal

Enero 2026

*Cuerpos que son bordes:
fronteras*

Frontera. Una palabra en la que conviven pluralidad y unicidad, comunidad y aislamiento. En su propia superficie ya se produce una fricción difícil de trasladar a otras dicotomías. Podemos comenzar preguntándonos por la necesidad misma de su existencia, aunque esa pregunta, inevitablemente, nos conduce a un terreno complejo. Entre la vocalización y la materialidad, cabe preguntarse si la primera frontera fue nombrada o construida. Y si “construcción” será siempre el término adecuado, tanto en el lenguaje como en la albañilería.

Si interrogamos la frontera, también debemos atender a aquello que suele quedar en segundo plano cuando se la invoca: el cuerpo y el espacio. Ante la presencia impositiva de la divisoria, el cuerpo encuentra un límite operativo; el espacio, uno ontológico. Pero ese límite no permanece intacto. Las cuestiones políticas y sociales que los cuerpos arrastran transforman la frontera en una problematización de la propia ontología del ser.

¿De qué tipo de frontera hablamos? ¿Visual, topográfica, geográfica, sonora? Este ente amorfo, moldeado por la contemporaneidad, no se agota en ninguna de estas categorías. En el extremo de esa relación ontológica, la frontera se revela como otro cuerpo. Y el cuerpo puede ser frontera: una frontera inevitablemente temporal.

Tras esta primera aproximación, podemos afirmar que el espacio que habitamos aspira a ser frontera. No como una mera línea de separación, sino como un límite ontológico en sí mismo. Para que algo sea frontera, antes debe atravesar una: la de su propia condición anterior. Toda frontera es, a la vez, efecto y origen.

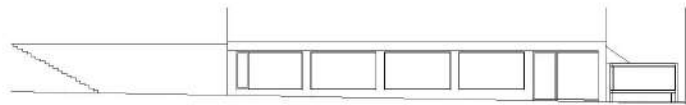
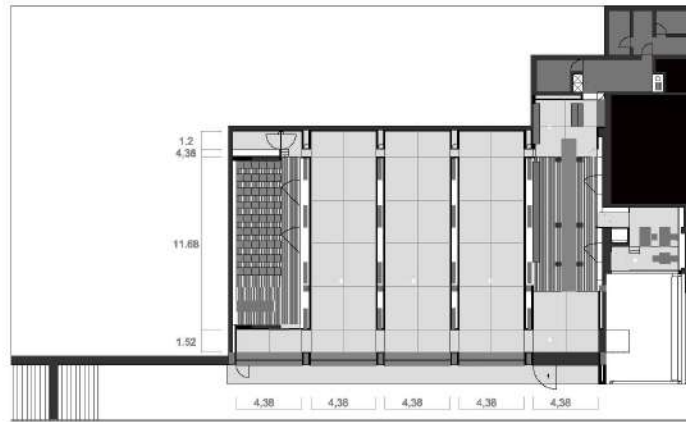
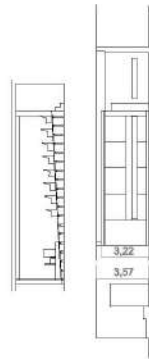
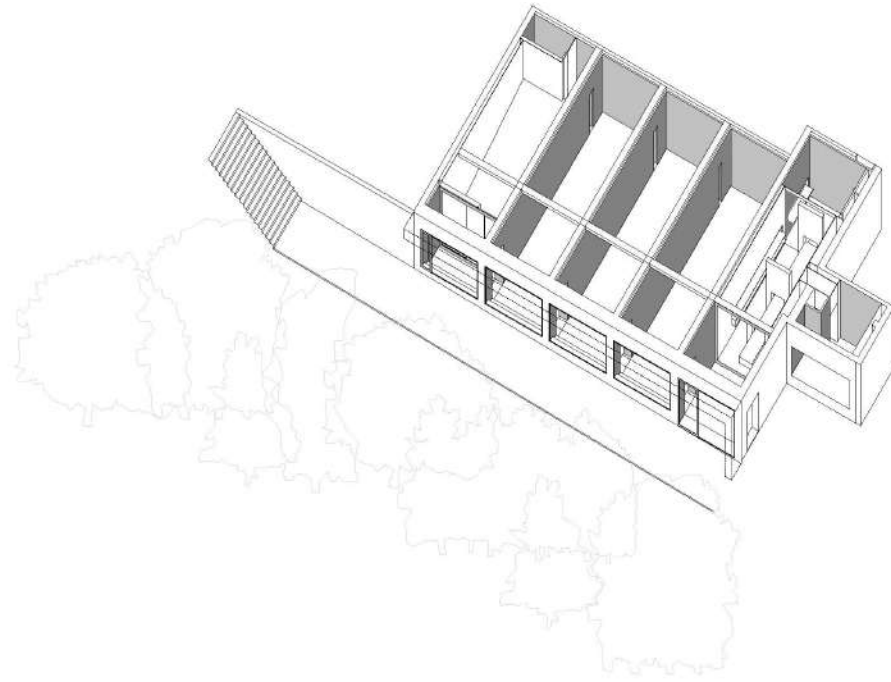
En este espacio, entendido como cuerpo, los problemas se hacen visibles. No reconocemos del todo el lugar en el que estamos; los obstáculos emergen desde distintos frentes. El cuerpo debe cruzar una frontera comportamental, ligada a sus propios hábitos, para aprender a ocupar. Se percibe una suerte de insurrec-

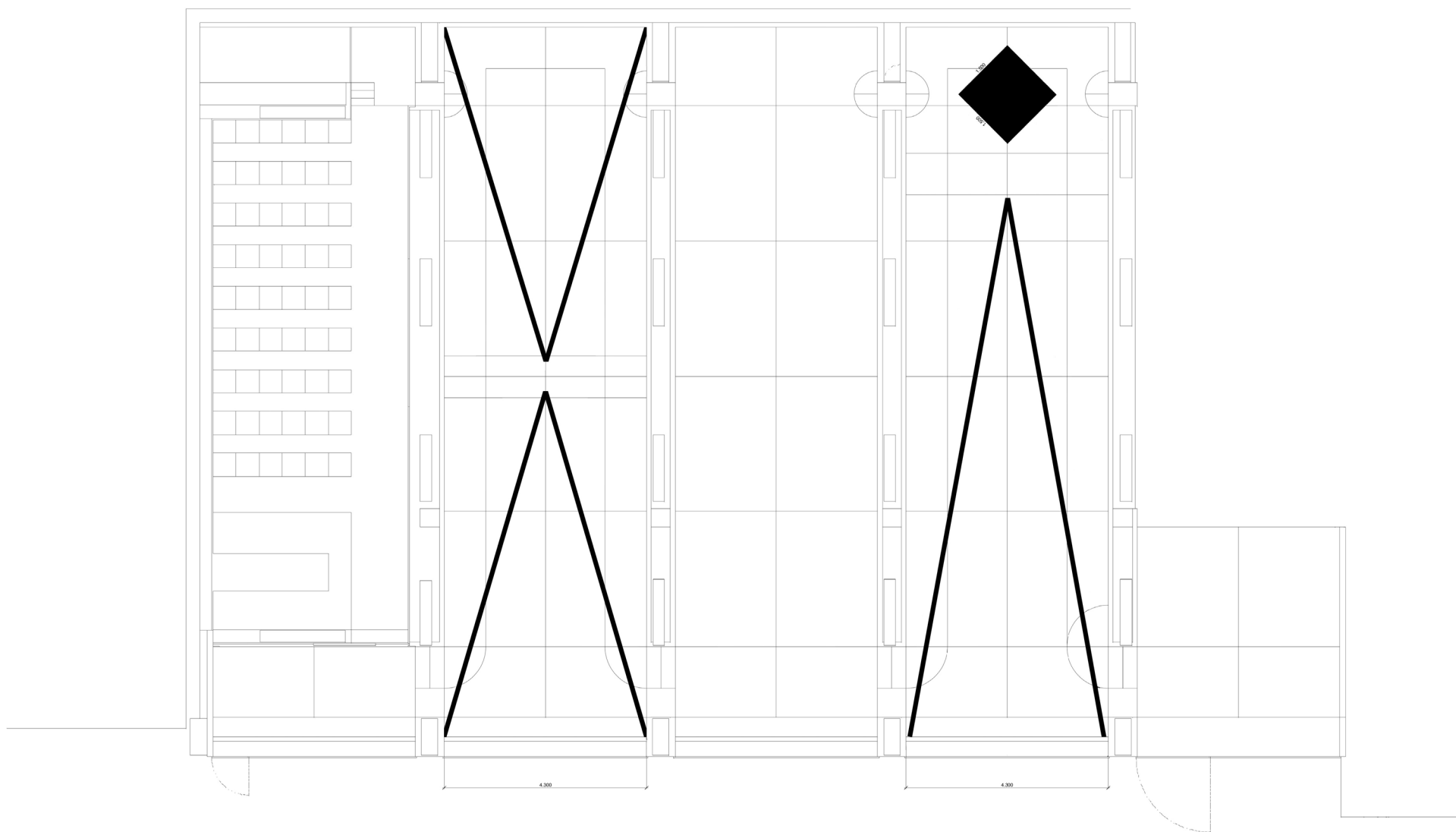
ción arquitectónica: el espacio parece querer dejar de ser frontera de sí mismo. Se impone, genera zonas de impermanencia. Aquí somos, en cierto modo, el residuo de la voluntad material del espacio.

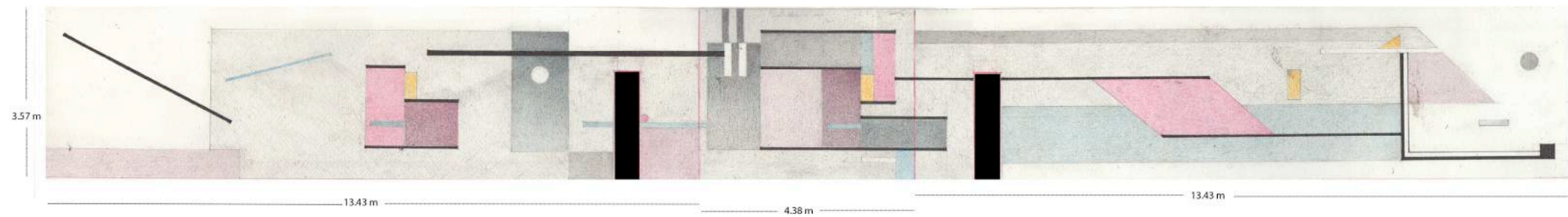
La tensión entre espacio, arquitectura y escultura acentúa esa indefinición. El espacio deja de ser un contenedor pasivo y se activa como materia. La arquitectura, despojada de su función estabilizadora, se muestra como una estructura en conflicto consigo misma. La escultura, por su parte, renuncia a la autonomía del objeto y se afirma como cuerpo fenomenológico. Ninguna de estas dimensiones prevalece de manera definitiva. Se friccionan, se contaminan, se neutralizan parcialmente, generando un campo de inestabilidad en el que la voluntad del espacio no puede fijarse.

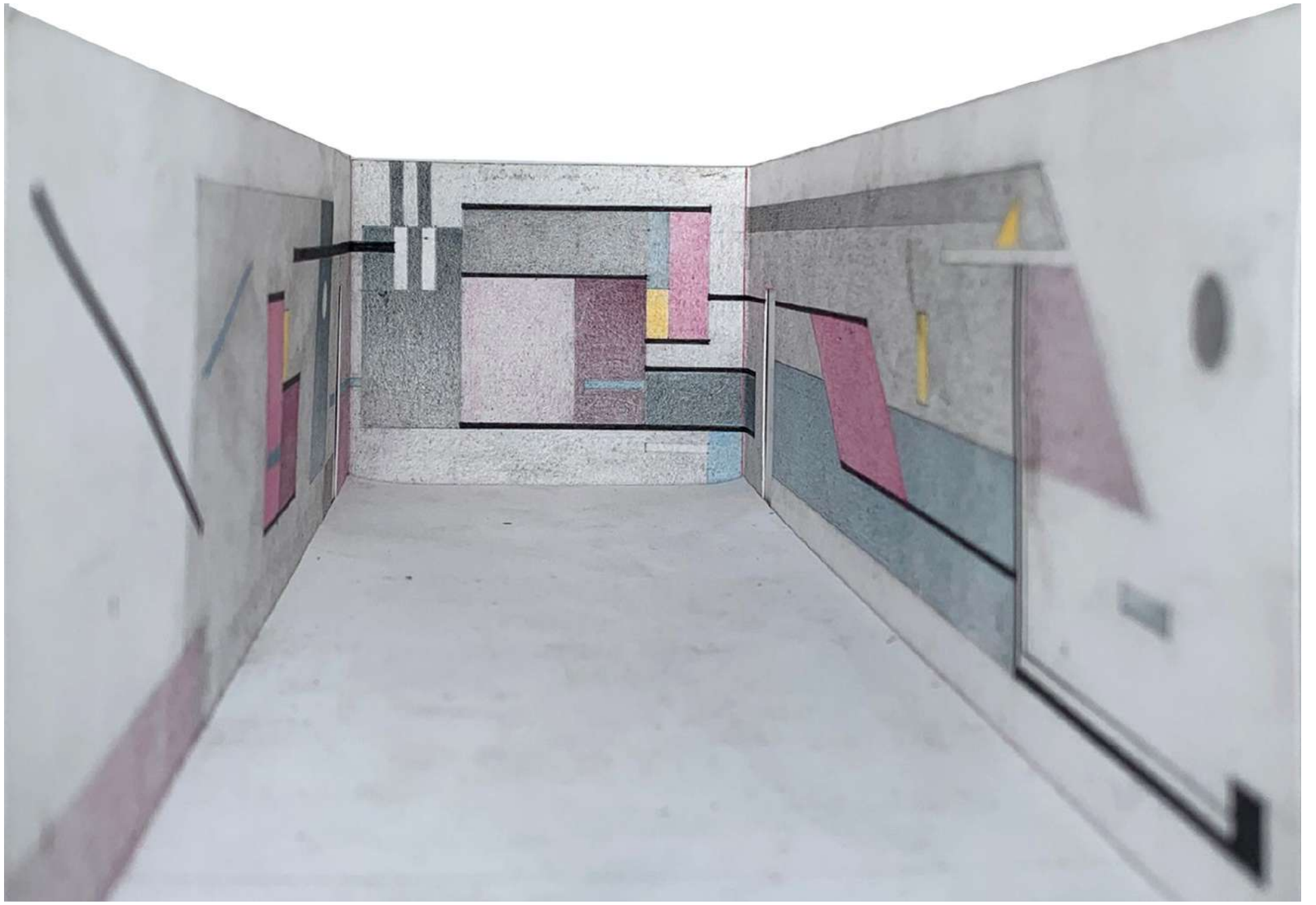
Lo que emerge no es una jerarquía clara, sino una coexistencia tensa. Los límites entre soporte, forma y experiencia se vuelven porosos. La indefinición deja de ser un problema para convertirse en condición operativa. Es en ese terreno donde el cuerpo es convocado a negociar su presencia, a medirse con un espacio que no se ofrece como escenario, sino como frontera en constante reconfiguración.

Daniel Madeira





















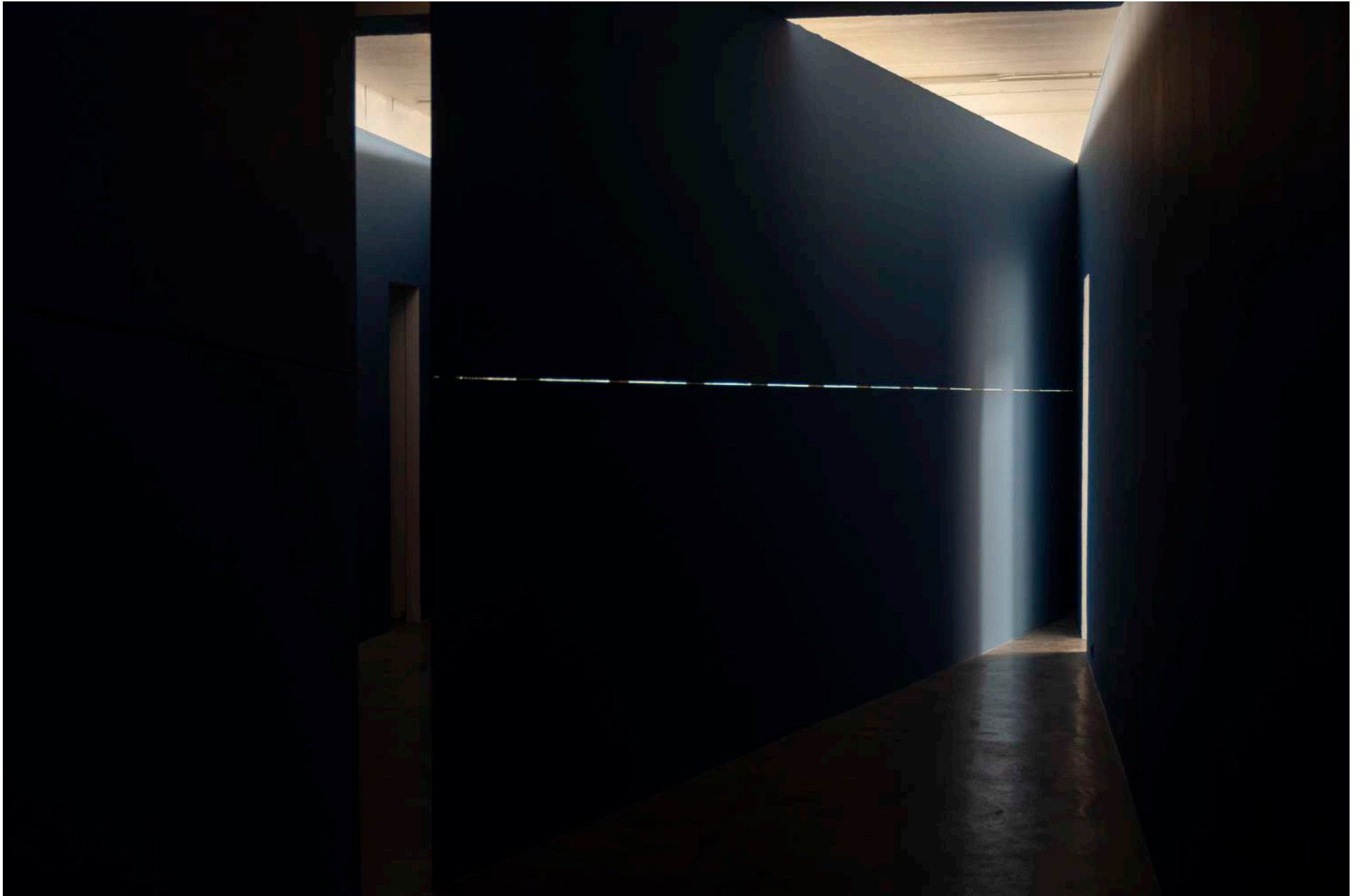












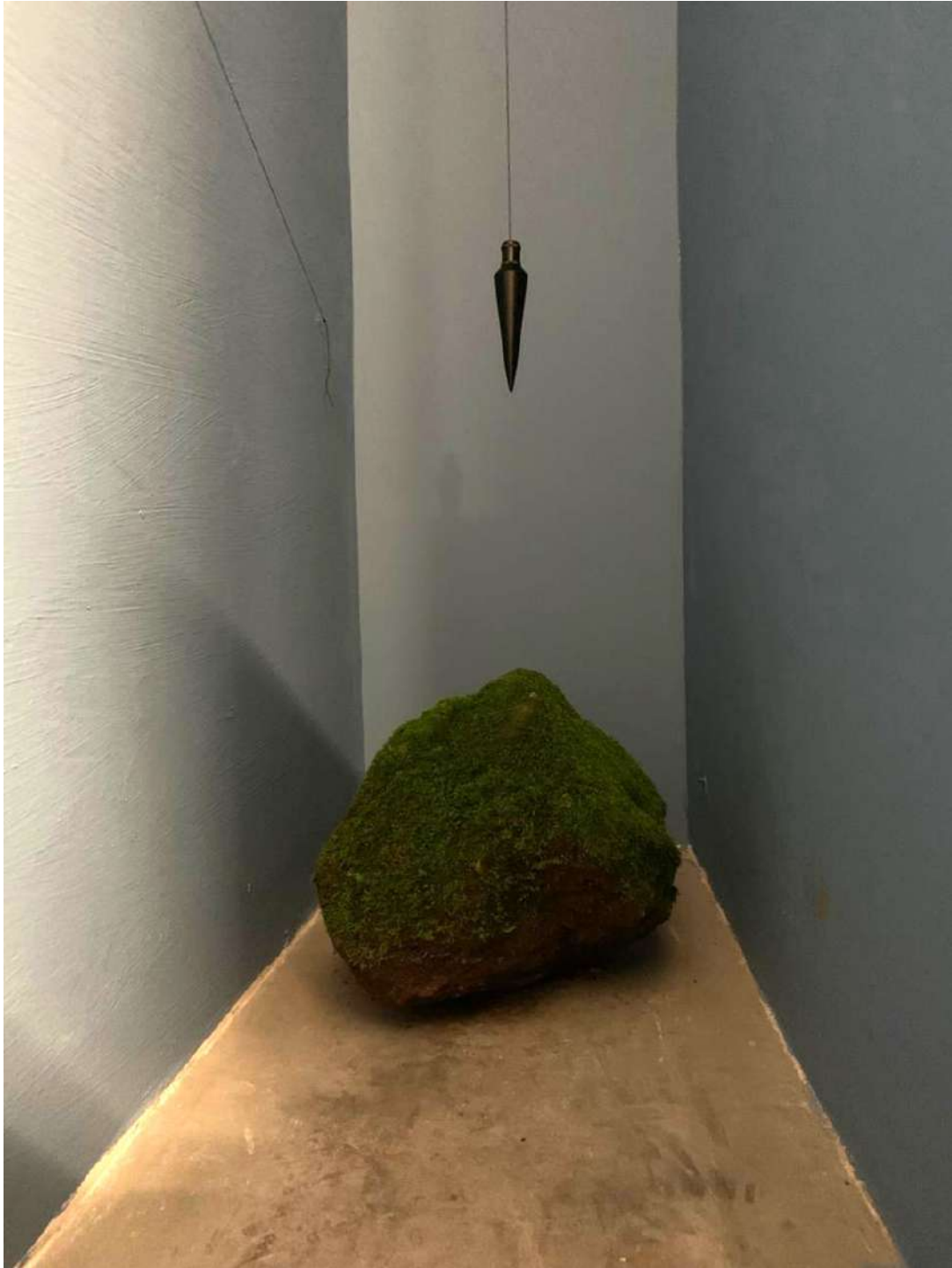








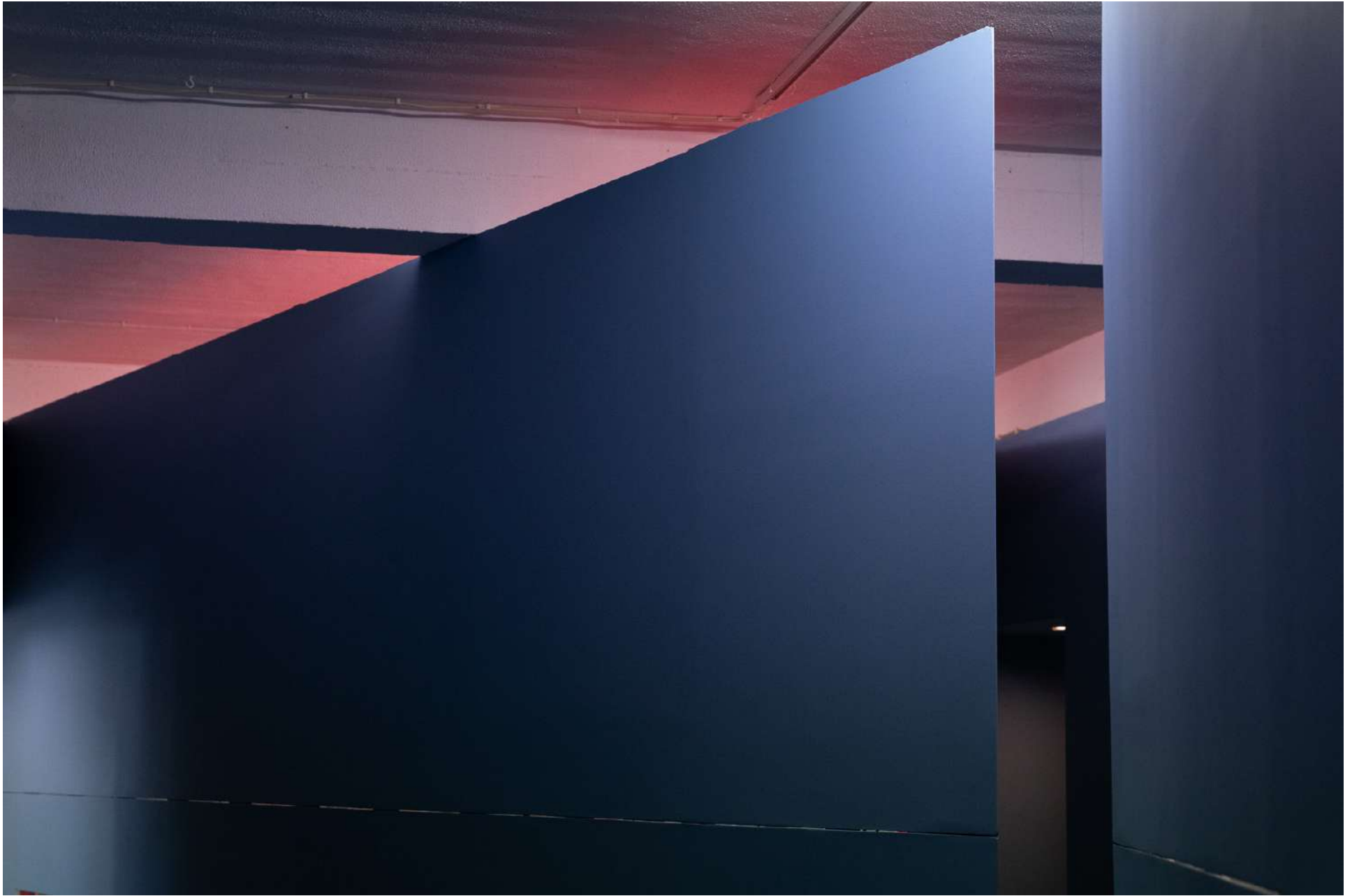


















Celebraciones, oraciones y nuevos trayectos entre favelas y paisajes.



¿Qué sucede exactamente cuando algo casi- sucede?

